

SOBRE EL CONCEPTO DE CRÍTICA EN SIEGFRIED KRACAUER¹

The Concept of Criticism as regards Siegfried
Kracauer

Francisco García Chicote

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

fgchicote@gmail.com

Resumen

El trabajo aborda un elemento poco tratado de las investigaciones en torno a la obra de Siegfried Kracauer: el supuesto elemento posmodernista *avant la lettre* que se le imputa. La exposición intenta, en primer lugar, reconstruir las operaciones interpretativas que dan lugar a tales perfiles. En segundo lugar, se destacan en Kracauer aspectos críticos que ponen en entredicho cualquier programa epistemológico posmodernista: su análisis de la

¹ El presente trabajo representa una versión preliminar de un artículo más extenso y complejo sobre el concepto de crítica en Kracauer. Ciertos pasajes de la segunda sección fueron mantenidos en la versión definitiva.

ciudad y la afinidad con el método dialéctico de György Lukács.

Palabras clave: posmodernismo; ciudad moderna; Lukács.

Abstract

The paper deals with a heretofore rather unattended question: Siegfried Kracauer's concept of critique. It thus casts doubts on the widespread interpretation of his works that claims to see in Kracauer a postmodernist avant la lettre. The article points to fundamental aspects of Kracauer's examination of the modern city, and contends that a dialectical critique of developed capitalism is at stake in his writings.

Keywords: postmodernism; modern city; Lukács.

El sugestivo interés que la obra de Siegfried Kracauer (Frankfurt a. M. 1889 – Nueva York 1966) ha suscitado en los últimos treinta años –luego de que pasara relativamente inadvertida por casi medio siglo– destaca la persistente labor del ensayista frankfurtiano en tanto **peculiar observador de la modernidad**. Se percibe efectivamente ya en sus escritos de comienzos de la década de 1920 una aproximación cognitiva a los fenómenos de la modernidad urbana que cabría caracterizar con los predicados de, paradójicamente, **huidiza y evanescente**: una manera de percibir la vida crecientemente compleja, diversa y contradictoria de las grandes ciudades por medio de la **cancelación** de categorías axiológicas y judicativas acriticamente rígidas, arbitrariamente jerarquizantes... legitimadoras, en última instancia, de la univocidad subjetiva

transmitida por paradigmas decimonónicos. En la mirada que delinea la prosa ensayística de Kracauer, por el contrario, el emplazamiento teórico-metodológico no constituye un *prius* que subsume manifestaciones conforme decursos preestablecidos y metas idealmente concretizadas, sino que tiende a su puesta en abismo por medio de o bien una explicitación de las circunstancias accidentales de tal emplazamiento –lo que daría cuenta exhaustiva del perspectivismo y con ello caería la pretensión de objetiva univocidad– o bien de su obliteración –con lo que el sujeto oficiaría de una suerte de objetivo fotográfico, sin las injerencias deformantes de la voluntad y la conciencia, y daría paso a la plasmación de manifestaciones en su fragmentariedad e inconexión, en su intermitente existencia fenoménica independiente de la violencia ejercida por la judicatura putativa de los grandes relatos–.

Theodor W. Adorno, de quien Kracauer fue amigo durante toda su vida intelectual, retrató este superávit de sospecha crítica en términos casi biográficos: “hombre alógico”, reluciente del idealismo y “antisistemático” (Adorno, 2003: 373s.), Kracauer cruzaría las parcelaciones institucionalmente sancionadas del conocimiento del ser social “con gorra y ropa deportiva” (382):

En un sentido difícil de definir, propiamente hablando su pensamiento siempre ha sido más contemplación que pensamiento, tercamente empeñado en no dejar que la explicación tergiversara la impresión producida en él por el choque con las cosas sólidas. [...] El programa de la intuición de la esencia, sobre todo la llamada fenomenología de las pequeñas imágenes, parecía adecuada a la mirada dolorosamente perseverante, que

no se deja desviar, aunque por lo demás el rasgo escéptico de Kracauer rechazara la pretensión scheleriana de captar algo sin más y objetivamente válido de manera inmediata, sin reflexión. (376)

Más allá del tenor exagerado de este perfil, que fue bienvenido *in toto* por el amigo, se desliza de él acaso una determinación más concreta de la peculiar posición de observador que detenta Kracauer: la mirada de un exilado, de un “extranjero” (Adorno, 2003, p. 382), que contempla el mundo ya surcado por los arados de la teoría como si se tratara de un territorio desconocido. La crítica ha señalado repetidamente el origen y derrotero de este sintagma en la obra de Kracauer: “terra incognita” remite allí a aquel “desamparo trascendental” con el que el sujeto moderno, según *La teoría de la novela* de Georg von Lukács, habría de buscar sentido en una patria que ya no era la suya. Esta idea del joven húngaro marcó sustantivamente la concepción epistemológica de Kracauer. La mirada de un exilado construía la *terra incognita*: así es como presenta el mundo de los empleados berlineses a principios del siglo pasado, al que viaja consciente de su extranjería: “Centenares de miles de empleados pueblan a diario las calles de Berlín, y sin embargo su vida es menos conocida que la de las tribus primitivas”; su “área [...] ha de recorrer esta pequeña expedición, que es quizá más arriesgada que viajar por África” (Kracauer, 2008: 112 y 116).

Kracauer era consciente de que la signatura saliente de su ensayística era el emplazamiento de una instancia subjetiva huidiza, evanescente. A los sintagmas correlativos de “desamparo trascendental” y “terra incognita” se les suma una reflexión sobre su propia persona que rumea en torno a la

“extraterritorialidad”. En una misiva a Adorno, que luego reunirá junto a otras bajo el rótulo de “Cartas para la extraterritorialidad” con vistas acaso a una autobiografía (cf. Mülder-Bach, 1990), Kracauer confiesa el “temor de que se le arrebate la anonimidad cronológica”. “En mi caso”, agrega,

se trata más bien de una necesidad, arraigada desde hace ya mucho, de vivir extraterritorialmente, tanto respecto del clima intelectual como respecto del tiempo cronológico. Se me da bien Nueva York porque posibilita esta extraterritorialidad, por ello procuro evitar el etiquetamiento cronológico. (Adorno, 2008: 621)

De las formas judicativas que habilita este exilio extraterritorial emanaría la “preocupación de Kracauer por las verdades parciales, provisionales, relativas de la memoria cultural” que, al decir de Dagmar Barnouw, “va directo al corazón del modo en que, al final del siglo XX, comprendemos la modernidad” (1994: 19).² Esta declaración de actualidad remite a una conexión ciertamente ya anticipada a mediados de la década de 1980 —es decir, el momento del “resurgimiento” de Kracauer— por David Frisby, cuyos trabajos procuran comprender a Simmel, Walter Benjamin y el propio Kracauer como “sociólogos de la modernidad”, y en relación a este último afirman que “junto con su ilustración del laberinto de la vida metropolitana [...], siguió también a Simmel en su aprehensión de los ‘fragmentos fortuitos de la realidad’ que revelaban los secretos ocultos de la modernidad” (Frisby, 1992: 203).

² Cuando la versión referida no se halla en castellano, la traducción es nuestra.

En efecto, una parte no menor del interés por la ensayística de este desamparado espiritual ha supuesto encontrar en ella rastros –confirmaciones, incluso anticipaciones conscientes– de lo que Terrence McDonald llamó a mediados de la década de 1990 en relación con las nuevas investigaciones en ciencias humanas un “giro histórico” y cuyo sustento filosófico resultaría de “un asalto a la noción de sujeto burgués unitario”, una consideración suspicaz respecto de las cuestiones de “agencia y agente”:

Agencia y agente han asumido por ello importancia crítica justamente en el momento en que el concepto de agente fue evacuado de mucho de su contenido. Más que un coloso que monta a horcajadas las páginas de la historia, el agente debe ahora emerger de esas páginas. De modo similar, el significado de la agencia debe emerger de la reconstrucción histórica de sus posibilidades, no de deducciones basadas en un mapa putativo de estructuras sociales y posiciones subjetivas acompañantes. (McDonald, 1996: 6)

El modo de este giro asume un sesgo preponderantemente epistemológico, interesado más en las formas históricas de construcción de sentido que en la adecuación –o siquiera: orientación– objetiva de sus enunciados. No ha de sorprender pues que aquello que McDonald designa como “creciente autoconciencia histórica” de la intelectualidad de las últimas décadas del siglo pasado encuentre un modelo en el enfoque de la etnografía interpretativa y sus “(de)construcciones” ulteriores, que por su parte encontraron un basamento “filosófico” en las posiciones abiertamente antiontológicas de

Michel Foucault y Jacques Derrida. Independientemente de los avatares que el destino deparó a los escritos de Clifford Geertz al interior de las reflexiones “metaantropológicas”, permanece como elemento condicionante de la etnografía interpretativa y con ella de la tendencia general de las ciencias humanas la preeminencia del carácter ficcional de la teoría (cf. Geertz 1973: 15; Clifford 1986: 4; Reynoso 1991: 30) y la adopción de categorías de retórica como herramientas de las constitución de aquello que, en la jerga foucaultiana, se llama “regímenes de verdad” (Foucault 1979: 189).

La recuperación que se hizo de Kracauer a partir de los años ochenta del siglo pasado se halla signada por sugestivas afinidades con esta corriente teórica. Señalemos algunas. Destaca primero la certeza de que una de las firmas salientes de la metódica del filósofo sería –o se asemejaría a– la “thick description” de la etnografía interpretativa. La conexión aparece ya en 1996 en *Kracauer zur Einführung* (Introducción a Kracauer), de Gertrud Koch, quien remite a las “descripciones densas del mundo laboral y vital del milieu de los empleados comerciales” (1996), pero es indagada en profundidad por Müllder-Bach en 1998. “La razón por la cual el texto ha sobrevivido y puede ser leído de nuevo hoy”, dice Müllder-Bach en la introducción a la edición en lengua inglesa del libro sobre los empleados, se vincula con el hecho de que Kracauer ejercitaría la “‘thick description’ *avant la lettre*” en términos de Geertz (Müllder-Bach, 1998: 17). Bajo este rótulo entiende la editora de las segundas y definitivas *Werke* (Obras completas) del filósofo las **formas** compositivas que darían cuenta de un “individualismo altamente autoconsciente que resiste la generalización metodológica e implica crucialmente

la puesta en escena de la extranjería y la distancia” como condiciones del conocimiento.

Corolario de la perspectiva inaugurada por la descripción densa es una creciente preocupación por el carácter retórico de los discursos objetivistas (Rabinow, 1986, p. 243s.) y un intento por explicitar y explorar las formas literarias de la investigación etnográfica, entendida ahora –y marcada por la lectura derrideana de la reflexión que Levi-Strauss hace de la actividad de escribir en *Tristes Trópicos*– principalmente en tanto “escritura” (cf. Clifford, 1986: 2). En las interpretaciones de Kracauer, se trata de proponer la primacía de las formas sensoriales sobre el carácter abstractivo del concepto. Mülder-Bach destaca, en una frase que bien podría insinuar cierta afinidad con *La condición posmoderna* de Jean François Lyotard, la aversión de Kracauer por el “grand récit” y los “grandes esquemas filosóficos” (1998: 13), y Koch realza el “carácter literario” de la obra del filósofo, cuyas interpretaciones “se orientan más bien a una retórica de las metáforas que a una construcción conceptual” (1996: 8).

Allí donde empero se postula la afinidad posmoderna de Kracauer con mayor intensidad es en la delimitación exclusivamente epistemológica de su praxis teórica, lo que implica lógicamente desterrar el problema del carácter objetivo del ser en tanto ser. En concordancia con la desaparición de la adecuación objetiva como criterio de verdad en las ciencias humanas y sociales, se insiste en que la obra de Kracauer “no se halla dirigida a la realidad como tal, sino específicamente a los fenómenos fugitivos e imperceptibles” (Mülder-Bach, 1998: 10) y a los modos de representación: “No es la meta la imitación de la cosa, sino la imitación de la

condición de la condición epistemológica. Si la realidad es una construcción de la conciencia, la representación debe ser igualmente una construcción” (Oschmann, 2009: 40). El supuesto arraigo de Kracauer en la perspectiva del constructivismo epistemológico de la segunda mitad del siglo XX (que circunscribe la actividad del sujeto cognoscente a los límites exclusivos de la conciencia) suele constatarse en una frase de las primeras páginas de *Los empleados*: “La realidad es una construcción” (Kracauer, 2008: 117): “Con esta conocida frase de Kracauer se ha abierto de un golpe el portal de entrada a su edificio metodológico y epistemológico” (Hofmann y Korta, 1997: 20). La decidida separación del mundo que existe independientemente del sujeto que se divisaría en la textura de Kracauer ha llevado a Mülder-Bach a procurar formas textuales que recrean en la etnografía urbana del filósofo la *epoché* husserliana, cuyo rasgo fundamental es, como apunta Mülder-Bach, la “suspensión [...] de posiciones ontológicas” (2015: 28).

La situación descrita no agota naturalmente las reflexiones sobre Kracauer, pero es lo suficientemente poderosa como para marcar una tendencia. **Independientemente de la justeza teórica de no pocos aspectos de estos perfiles**, cabe señalar que les corresponde el común denominador de circunscribirse a cuestiones epistemológicas: se trata de perfiles o conceptos que en la obra de Kracauer conformarían cierta teoría original del sujeto cognoscente. Sin embargo, como el carácter objetivo de las categorías subjetivas de Kracauer no se somete a consideración, estos perfiles corren lógicamente el riesgo de asumir lo que Max Horkheimer designó en 1937 una “función

social positiva”, propia de los modos “tradicionales” de la teoría (2008: 238). En términos generales, la crítica de Kracauer es concebida en tanto conceptualizaciones de la facultad del conocer, sin que las cuestiones relativas a la génesis de lo dado (historia) o a la transformación subjetiva de este (praxis) sean entendidas como factores condicionantes de tal facultad y por ende objetos de la crítica. Cuando historia y praxis ocupan la atención teórica, se intuye una tendencia al plano del irracionalismo, que remite el surgimiento de las categorías epistemológicas a la extraordinaria psicología de Kracauer, o al de la moral, según el cual los posicionamientos políticos del autor serían irremisiblemente independientes de sus formulaciones teóricas, que únicamente facilitarían las bases para un laxo “pluralismo”.

No se trata aquí de menospreciar aportes por lo demás significativos al campo de la historia intelectual, sino antes bien de señalar un elemento y una conexión que, dado el carácter de estos aportes, corren el riesgo de perderse de vista: que Kracauer es un crítico del capitalismo desarrollado y que la peculiaridad de su crítica resulta de un estudio **realista** del objeto. Realista no remite aquí a un modo histórico de operaciones retóricas que simulan inmediatez referencial, como en la conocida definición de Roland Barthes (1994: 186s.), sino a la elevación consciente del objeto en tanto *prius* ontológico, lo que requiere una reflexión crítica acerca del tan mentado individualismo irreductible del crítico Kracauer. Fredric Jameson ha insistido en el carácter dialéctico de esta comprensión realista, que

no es en absoluto un pensamiento personal; por el contrario, equivale a una forma de que cierto tipo de

material se eleve a la apercepción, no solo como objeto de nuestro pensamiento, sino también como un conjunto de operaciones mentales propuestas por la naturaleza intrínseca de ese objeto determinado. (Jameson, 2016: 249)

Se trataría de explicitar el modo en que la crítica de Kracauer supone un pase a conciencia, una historia subjetiva de formas objetivas de existencia y en qué medida dicha concientización implica un factor necesario en la intervención sobre el objeto, una modificación de su forma objetiva hacia formas más humanamente dignas. Lukács ha subrayado el carácter práctico y dignificante de la aproximación realista sobre el objeto en su *Estética* de 1963: “la dedicación incondicional a la realidad y el apasionado deseo de superarla van juntos” (1982: 227) y Hans Heinz Holz ha señalado el arraigo de esta relación general en el metabolismo simple del ser humano con la naturaleza: “Las posibilidades que se encuentran en el material son sus esencias, y la invención es una mimesis de estas esencias. En la medida en que imita sus esencias ocultas, el hombre vence en astucia a la naturaleza” (Holz, 2015, p. 80s.). Kracauer, que no demostró mucho aprecio por la obra madura de Lukács, se manifiesta en este aspecto de una manera aún más radical: “America” dice en 1925 con relación al capitalismo, “recién desaparecerá cuando se conozca a sí misma” (SKW 5.2, 238).

El interés de Kracauer por la ciudad moderna es acaso una clave para la comprensión de, por un lado, este vínculo entre la forma de la crítica y la estructura del objeto y, por el otro, el carácter insoslayablemente transformador, en un sentido

ético y político inequívoco, de la crítica. Resaltan en este interés ante todo herencias de Georg Simmel y los diferentes análisis que este hiciera en la primera década del siglo pasado sobre la conformación anímica individual, la homogeneización de conductas y la refuncionalización de capacidades sensoriales en espacios físicos –esto es, las grandes ciudades– en los que el intercambio se intensifica al punto de reconfigurar el metabolismo básico del ser, aquel que se daría, en los términos idealistas de Simmel, entre valor y materia. Se mantienen en Kracauer rasgos decisivos de Simmel. En primer lugar, la comprensión de que ciertas categorías axiológicas presuntamente orgánicas –en Simmel, cierto tipo de personalidad; en Kracauer, todo tipo de personalidad– son en rigor efectos de la racionalización creciente que el individuo experimenta en la gran ciudad. Kracauer designa, ya a principios de los años 20, a estos pseudo-organismos con el nombre de “alegoría”. En segundo término, y en un movimiento en apariencia contradictorio, la ciudad aparece en ambos como el espacio de la homogeneización, el espacio de la primacía de los elementos reductibles del individuo respecto de los elementos irreductibles –en Simmel, los primeros se imponen sobre los segundos, que se retiran a las profundidades del alma; en Kracauer, los primeros vencen a los segundos, que tienden a desaparecer–. La insondable profundidad anímica del individuo cede, debido al intercambio intensificado, a la calculabilidad e igualdad. En tercera instancia, sucede una modificación en la forma de la percepción sensorial: de acuerdo con Simmel, los sentidos dejan de cumplir la función de vasos comunicantes entre el mundo de los objetos y el hogar por excelencia de los valores: el alma. Abandonan así una estructura vertical que vincularía

lo superficial con lo profundo: el olfato, dedicado otrora al encuentro o el rechazo más profundamente irracional de las almas, debe ahora, en el nuevo contexto de pestilencias insoportables la urbe y los encuentros masivos, suspender tal actividad; la vista no puede ya servir como órgano predilecto de la intuición en virtud de su capacidad para registrar inmediatamente y en simultáneo y debe sucumbir a la excitación que provoca la proliferación de manifestaciones efímeras. El resultado es la desconexión del polo profundo y la adopción de una estructura bidimensional de la percepción. En Kracauer, la percepción bidimensional aparece, naturalmente, en el interés por las técnicas fotográficas de reproducción de la realidad, contrapuestas a las de la memoria. El potencial de estas formas de percepción radica en la nivelación, en el reflejo de la conciencia, de elementos que, en la realidad social objetiva, ya tienen a la igualdad como rasgo inherente, pero no manifiesto.

Kracauer no hereda empero la ambivalencia presente en Simmel, la pugna entre, por un lado, una nostalgia en última instancia idealista que ve en la ciudad moderna la tragedia de la cultura y, por el otro, la convicción de que hay allí elementos dignos de atención sobria. Una pugna, por cierto, que se resolverá en la miserable fundamentación metafísica de la Primera Guerra Mundial que Simmel efectúa desde 1914 hasta su muerte. La gran ciudad aparece en Kracauer más bien como espacio en los que se intensifican dos procesos en apariencia opuestos: la, por así llamarla, "horizontalización" de las relaciones humanas y, al mismo tiempo, una "verticalización" que impide el pasaje a conciencia de la horizontalidad y que se vincula con el carácter regresivo, pero moderno, de la alegoría. Este doble proceso se instala como como objeto de crítica tan

pronto como marzo de 1926, en un ensayo cuyo título reúne la oposición entre formas verticales y horizontales: “Culto de la dispersión”, señalado en 1980 por la crítica como su primer texto marxista (Oswald, 1980: 77). La yuxtaposición sintagmática con la que se nombra el texto indica cuán importante es el cambio del que estamos hablando: “culto” y “dispersión”, que en el tratado sobre el género policial pertenecían a dominios irreconciliables, refieren aquí en su alianza no solo a la miserable ideología de la sociedad de mercado, sino también al potencial revolucionario del campo de producción de bienes que la moviliza. Aquí, Kracauer comienza un ejercicio crítico que conservará hasta, por lo menos, su exilio en Francia: la detección de dos situaciones **en principio divergentes** que deben ser atacadas, desde el punto de vista teórico, con igual ahínco.

El **primer frente** de ataque es la denuncia de un “alarmante abuso de conceptos como personalidad, interioridad, tragedia” (SKW 6.1, 210), que perdieron ya toda su actualidad debido a la desaparición del soporte social en el que se apoyaban. El rechazo de categorías caras a su producción hasta 1925 se funda en la convicción de que es la forma del proceso social la que condiciona la emergencia de las categorías con las que ha de buscarse su verdad. No hay, desde 1926 hasta 1933, trabajo central en la producción de Kracauer que no dedique al menos algunas líneas al rechazo de categorías que él adjudica a un idealismo irracionalista; entre estas, se destaca la categoría de personalidad.

En lo que concierne a la nueva posición respecto de categorías de “personalidad”, “interioridad” etc., Kracauer es inequívoco: solo mediante el reconocimiento de que estas nociones no son

determinaciones fundamentales de ninguna esfera auténtica, sino que mantienen una efectividad fantasmagórica puede abordarse críticamente el nuevo estado de cosas, que constituye el **segundo frente** de crítica. Aquí, la noción clave es la ambigüedad: el desarrollo de la sociedad de mercado, cuya constitución Kracauer analiza en los factores de producción, circulación y consumo de la industria cinematográfica, **posibilita y obstaculiza**, favorece e impide la emergencia de relaciones adecuadas al ser humano.

La relevancia de este ensayo en la obra de Kracauer no se debe únicamente al hecho de mostrar, en su gesto inaugural, la coherencia del doble ejercicio crítico –hacia la y hacia el carácter ambiguo de las nuevas formas de existencia social–, sino también porque constituye un paso relevante en la abstracción del sujeto social que más se adecua a las formas capitalistas desarrolladas y es, por lo tanto, históricamente relevante para el “el juego a todo o nada de la historia”. La configuración subjetiva que Kracauer señala como correspondiente a este nuevo producto es la masa, cuyo integrante ideal lo componen los sectores medios de los grandes centros urbanos, verdaderos “desamparados trascendentales”. “Culto de la dispersión” parte de la dispersión como principio constitutivo de la obra cinematográfica, lo que significa no solo la desintegración de formas biológicas de existencia, sino también, como ya había indicado en otro ensayo, “Mundo de calicó”, una obliteración de toda carga atávica y un desprecio a la dimensión profunda de los objetos a favor de su difusión superficial. En la medida en que estos son los procedimientos estructurales de la actual forma de reproducción del mundo, es limitada la efectividad de las clases sociales que surgieron en otro momento, así como

limitados son los espacios tradicionales de acción política: la fábrica proletaria y la ciudad pequeña.

En el ensayo central de *Historia y conciencia de clase*, “La cosificación y la conciencia del proletariado”, Lukács parte de la premisa de que a toda forma objetual (*Gegenständlichkeitsform*) le corresponde un comportamiento subjetivo específico (*Subjektsverhalten*). De la descripción de la forma mercancía como forma objetual tendencialmente abarcadora de todas las manifestaciones vitales, Lukács configura idealmente el tipo de conciencia cosificada del capitalismo y los modos en que las clases se enfrentan con tal cosificación de acuerdo a su posición en el proceso productivo. Kracauer, que en su diatriba contra Lukács juzgó pertinente reconocer la importancia del libro, sobre todo los “pasajes extraordinarios” del capítulo sobre la cosificación (Bloch, 1985: 283), está también señalando la importancia de un sujeto específico que le corresponde a una forma objetual. A la isla “ideal” de los sets de filmación de la UFA le corresponde un sujeto que posea igualmente los rasgos disolventes del set de filmación: la masa. Esta es, en primer lugar, un “público homogéneo de la ciudad universal” (SKW 6.1, 210) formado por los asistentes a las grandes salas de proyección. La comparación de estas modernas salas con, por un lado, iglesias del período guillermino y, por el otro, *lobbies* de hotel, significa para Kracauer que se trata de un espacio de constitución subjetiva. Pero mientras que la nave de la iglesia era, en el tratado sobre el género policial, el lugar de emplazamiento del *Gesamtmensch*, en las salas modernas de aquella sociedad que eleva la distracción al nivel de la cultura, los asistentes se

convierten en masa: una configuración que destroza la concentración individual del hombre particular y entabla una tensión (*Spannung*) entre su conciencia dispersada y el desorden del mundo que el cine representa. Esta tensión, que acaba con el carácter privado de cada individuo y lo vuelca a la inmediatez cotidiana de la mera superficialidad, capacitaría a las personas que se pierden en la masa a prepararse para la revolución socialista:

Justamente el hecho de que las representaciones pertenecientes a su esfera constituyan una multitud tan exterior como el mundo de las masas de la gran ciudad [...] El hecho de que transmiten exacta y francamente el desorden de la sociedad a miles de ojos y oídos, es esto lo que las capacita para suscitar y conservar en la memoria esa tensión que debe preceder al necesario vuelco. En las calles de Berlín no es raro verse sorprendido unos instantes por la idea de que un día, de improviso, todo estalle y se rompa. (2006, 221)

Con esto no se agota la explicación de las formas “huidizas” y “evanescentes” que constituyen la labor crítica de Kracauer. Un ejercicio de ese tipo debería tomar en consideración también la posición histórica de la escritura de Kracauer al interior del campo intelectual en que se desarrolló. Queda, espero, por lo menos puesta la sospecha de que, en virtud de su concepto dialéctico de constitución subjetiva, difícilmente haya Kracauer anticipado ese “giro histórico” en las ciencias humanas que se caracteriza por poner en entredicho la prioridad del objeto como regulador del conocimiento.

Bibliografía

ADORNO, Theodor W, *Briefe und Briefwechsel*. Ed. por el Archivo Theodor W. Adorno. Ocho tomos. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2008.

-----, *Notas de literatura*. Madrid: Akal, 2003.

BARNOUW, Dagmar, *Critical Realism. History, Photography, and the Work of Siegfried Kracauer*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1994.

_____, "Vielschichtige Oberflächen. Kracauer und die Modernität von Weimar". En: GRUNERT, Frank; KIMMICH, Dorothee (eds.). *Denken durch die Dinge. Siegfried Kracauer im Kontext*. München: Wilhelm Fink, 2009. pp. 13-28.

BARTHES, Roland, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Trad. C. Fernández Medrano. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós, 1994.

BLOCH, E. *Briefe. 1903 bis 1975*. (Ed. de K. Bloch et al.). Erster Band. Briefe von un dan Ernst Mach, Georg Lukács, Annete Kolb, Johann Wilhelm Muehlon, Max Scheler und Siegfried Kracauer. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1985.

CLIFFORD, James, "Introduction: Partial Truths". En: CLIFFORD, James; MARCUS, George E. (eds.). *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986. pp. 1-26.

FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*. Trad. de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Madrid: Las ediciones de La Piqueta, 1979.

FRISBY, David, *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Trad. de Carlos Manzano. Madrid: Visor, 1992.

GEERTZ, Clifford, *Local Knowledge. Further Essays in Interpretative Anthropology*. New York: Basic Books, 1983.

_____, *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*. New York: basic Books, 1973.

HOFMANN, Martin/ KORTA, Tobias, *Siegfried Kracauer. Fragmente einer Archäologie der Moderne*. Sinzheim: Pro Universitate Verlag, 1997.

HOLZ, Hans Heinz, "El papel de la mimesis en la Estética de Lukács". Trad. de Francisco García Chicote. En: *Anuario Lukács*, 2015, pp. 77-96.

HORKHEIMER, Max, *Teoría crítica*. Trad. de Edgardo Albizu y Carlos Luis. Buenos Aires: Amorrurtu, 2008.

JAMESON, Fredric, *Marxismo y Forma*. Trad. de Cristina Piña Aldao. Madrid: Akal, 2016.

KOCH, Gertrud, *Siegfried Kracauer – Zur Einführung*. Hamburg: Junius Verlag, 1996.

KRACAUER, Siegfried, *Estética sin territorio*. Ed. y trad. de Vicente Jarque. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de la Región de Murcia. Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia. Fundación Cajamurcia: Murcia, 2006.

_____, *Los empleados. Un aspecto de la Alemania más reciente*. Trad. de Miguel Vedda. Madrid: Gedisa, 2008.

LÖWENTHAL, Leo/ KRACAUER, Siegfried, *In Steter Freundschaft. Briefwechsel*. Hamburg: zu Klampen Verlag, 2003.

MC DONALD, Terrence, "Introduction". En: MC DONALD, Terrence (ed.). *The Historic Turn in the Human Sciences*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1996. pp. 1-14.

MÜLDER-BACH, Inka, "El cineasta como etnógrafo. Acerca de la prosa de Siegfried Kracauer". *Terceira Margem* 32. XIX, (2015): pp. 20-40.

_____. "Introduction". En: KRACAUER, Siegfried. *The Salaried Masses. Duty and Distraction in Weimar Germany*. Trad. de Quintin Hoare. London-New York: Verso, 1998. pp. 1-22.

OSCHMANN, Dirk. "Kracauers Ideal der Konkretion". En: GRUNERT, Frank/ KIMMICH, Dorothee (eds.). *Denken durch die Dinge. Siegfried Kracauer im Kontext*. München: Wilhelm Fink, 2009. pp. 29-46.

OSWALD, Stefan. "Die gebrochenen Farben des Übergangs. Zum Essay-Band 'Das Ornament der Masse'". En: ARNOLD, Heinz Ludwig (ed.), *Kracauer. Text+Kritik*. München: ETK, 1980. pp. 76-81.

RABINOW, Paul. "Representations Are Social Facts: Modernity and Post-Modernity in Anthropology". En: CLIFFORD, James; MARCUS, George E. (eds.). *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986. pp. 235-261.

REYNOSO, Carlos. "Presentación". En: REYNOSO, Carlos (ed.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México: Gedisa, 1991 pp. 11-60.

FRANCISCO GARCÍA CHICOTE

SAZBÓN, José. "El sujeto en las ciencias humanas". En: SAZBÓN, José. *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2009. pp. 135-166.

SKW KRACAUER, Siegfried. *Werke*. 9 tomos. Ed. de I. Mülder-Bach e I. Belke. Frankfurt a.M.: Suhramp Verlag, 2004-2011.

STEINMEYER, Georg, *Siegfried Kracauer als Denker des Pluralismus*. Berlin: Lukas Verlag, 2008.